

DELIBERADAMENTE he dejado pasar los días de duelo y lágrimas por respeto al difunto Miguel Gila, a quien tanto admiré por su talento y su enorme capacidad para transmitirnos ese humor limpio, sorprendente e inteligible en cualquiera de las edades del hombre. Un humor tan mondo y nítido que ni siquiera parece intelectual. Y lo es: surrealista.

El primer libro de Gila —una antología editada por Taurus— lo prologué yo. Y en él referí que en las noches de España, un día de cada semana, las calles quedaban desiertas como si un ángel-escoba hubiese pasado llevándose por delante automóviles y peatones. El ángel era la radio y estaba anunciando:

—Hoy toca Gila.

Miguel Gila se ponía ante el micrófono y metía a la gente en casa. A toda la gente; nadie quería perderse.

Este es mi homenaje a la memoria del actor-humorista (sí, era humorista; no contaba chistes) con mi reconocimiento por el bien que nos ha hecho en su larga carrera, y por un pequeño cuadro que tengo en mi despacho. Uno de médicos: el paciente metido bajo campana de campanario. El médico, caraboniatto narizotas, con un martillo picapiedra entre manos, dice: «Ahora vamos a ver si de verdad es sordo».

Durante los días de duelo se han producido las habituales manifestaciones de simpatía y admiración; afecto, miradas a lo alto —«sé que estás por ahí, Miguel, hermano»— y chistes telefoneando a Dios para preguntarle por Gila, o a Gila dándole recados para Dios.

Pasadas esas horas de dolor y panegírico, los biógrafos y documentalistas de prensa, radio y televisión deberían ahora, sin prisas, estudiar la asignatura: han creado un Gila tan virtual como las guerras, las operaciones quirúrgicas o los diálogos telefónicos que nos contaba.

A Gila nadie —ni borracho ni sereno— lo fusiló, nunca estuvo en la cárcel y nunca fue exiliado político. Como él, en uno de sus monólogos más divertidos, Radio Nacional y TVE podían haber iniciado sus necrológicas con estas palabras:

«Miguel Gila nació solo porque su madre había salido a pedir perejil a una vecina. Bajó, y se lo dijo a la portera: "Oiga, que he nacido y mi madre no está en casa. Soy niño"».

ÁNGEL PALOMINO

ESCRITOR

Gila

«A Gila nadie —ni borracho ni sereno—

lo fusiló, nunca estuvo en la cárcel

y nunca fue exiliado político»



Apenas tenía diecisiete años cuando empezó la guerra y no ha contado formalmente lo que hizo en aquellos días. Nunca se alistó en el 5º Regimiento, el de Lister, aunque lo haya dicho o haya dejado que lo digan, pero, puesto a «ubicuar», con ocasión de un homenaje a Dolores Ibárruri («Informe Semanal», 14-07-01) declaró: «Fui a alistarme a las Milicias Populares y me destinaron, afortunadamente, al 13º Regimiento, Batallón Pasionario». No consta.

Terminada la guerra, los mozos que habían estado en la zona republicana y no eran prisioneros acusados de presuntos delitos fueron movilizados y a Miguel Gila lo destinaron al Regimiento de Infantería Toledo, en Zamora. Cayó muy bien; pronto era chófer del coronel, cargo de confianza en el que se ganó muchas amistades y simpatías. Allí empezó a colaborar en Radio Zamora y en el periódico «Imperio» (Prensa del Movimiento), lo que aumentó su

popularidad. Ingresó en la Organización Sindical como funcionario del sindicato relacionado con el trigo y el pan.

Se ha dicho en la Televisión del Estado que esos años los pasó «en diversas cárceles franquistas y desde una de ellas empezó a colaborar en "La Codorniz"». Justamente, en esa época de periodista y funcionario sindical inició su colaboración en el semanario de humor, lo que le animó a buscar trabajo en Madrid, a donde se trasladó acompañado de su primera esposa. El zamorano Carlos Pinilla, subsecretario que fue de Girón, le ayudó proporcionándole trabajo en el diario «El Alcázar». Sus amigos y compañeros de Zamora le despidieron con una comida-homenaje; el diario «Imperio» informó del acto en crónica titulada: «Adiós al camarada Gila». Durante su época zamorana pronunció un pregón de fiestas, y en la Semana Santa participaba como penitente en la Cofradía de Excombatientes. Estas fueron sus prisiones.

Nunca fue exiliado político. Marchó a América en pleno éxito, cuando su primera esposa dio en perseguirlo acusándolo de adulterio, tan mal visto entonces. Durante esos años venía libremente a España, donde su fama crecía gracias, entre otras cosas, a la televisión y al famoso anuncio de Filomatic y el gustirrinín. Cuando acá llegó la democracia siguió viviendo allá hasta 1985.

A los biógrafos no les salían las cuentas, ignoraban los años de Zamora; peliaguda incógnita; si no estaba en Madrid, en algún sitio tenía que estar. Solución: en la cárcel.

En «La Codorniz» sí estuvo preso: en la «Cárcel (o en La Comisaría) de Papel», motivo por el cual quedaron lamentablemente rotas sus relaciones con el semanario y con Álvaro de Laiglesia.

Vivimos una época de escaso rigor informativo y a Miguel Gila se le ha premiado su brillante carrera artística con alabanzas justas —que no necesitaban disparatadas biografías— sin que nadie, absolutamente nadie, añadiese a los normales y merecidos elogios alguna rectificación.

Me sumo a los elogios, pero sugiero que se corrijan en los archivos de agencia Efe y RTVE —que son del Estado— los errores que en los días pasados dieron lugar a historiales tan chapuceros. Estas biografías sí parecen balas disparadas por beodos.

Un respeto. A Gila y al lector.

BERNARDO MARTÍ

ESCRITOR

La literatura castellana en la cultura mallorquina

«Los lectores aprecian más la literatura

didáctica escrita en castellano que la literatura

creativa del mismo idioma»

del dominical *La Palma*. Esta época se caracteriza por utilizar el lenguaje humanístico y hacer los primeros intentos en las artes poéticas, y progresivamente va afianzándose y adquiriendo seguridad en su uso.

La segunda época se inicia con *La Palma*, 1840-41. Y suelen tomarse las palabras que Menéndez y Pelayo vertió en el prólogo de los *Artículos religiosos, políticos y literarios* de José María Quadrado en 1877, para calificarla de importante al decir: «Era un memorable semanario del cual arranca el moderno renacimiento de la cultura mallorquina».

Las diferencias entre la primera y segunda época

son importantes. A partir de la aparición del Romanticismo, destaca una clara voluntad de adscribirse al movimiento literario de moda, inclinación y sensibilidad que se ha prolongado hasta nuestros días. A partir de las obras de Tomás Aguiló, quien nos lo señala en el prólogo de *Rimas*, de 1846, se impone la voluntad del autor de dar a conocer sus obras, huyendo de la transmisión manuscrita que hasta aquí se había utilizado. Aparecen dos nuevos géneros que hasta entonces no se habían desarrollado: la novela, tal vez hija de la biografía en Mallorca, y el periodismo recién aparecido en las culturas europeas; y a consecuencia del periodismo, un aumento de la literatura satírica, ya en prosa ya en poesía. La temática de los tres géneros se centra con frecuencia en el asunto histórico y filosófico local, con la voluntad de una épica mallorquina; la descripción del mundo histórico, casi siempre —en el siglo XIX como en el XX— alrededor de la Monarquía mallorquina, con temas como el de Jaime II, en Cabrit y en Bassa, el Infante Jaime, Simón Ballester el Tuerto, la Pollentia Romana; la visión esencial de la isla como hizo Mario Verdaguer; la situación social de los payeses durante el siglo XIX; juntamente con otros más particulares y más universales.

Pero a todo esto hay que añadir que, en ambas épocas, tanto en la primera como en esta segunda y más importante, los lectores aprecian más la literatura didáctica escrita en castellano que la literatura creativa del mismo idioma.

Estas son las líneas generales, los grandes trazos, de la literatura escrita en castellano en esta isla.

HOY por hoy, la cultura castellana de las Baleares está olvidada, pese a ofrecer una serie de épocas cuya actividad literaria en esta lengua fue especialmente intensa. La cultura de los siglos XVI, XVII y XVIII — los de la decadencia de las letras catalanas — encontró una vía adecuada en el castellano para salvar el espíritu intelectual y literario.

Hasta hoy, no ha habido otro intento de dividir esta literatura mallorquina que la que aparece en la *Antología de Escritores Baleares en Castellano*, publicada por Leonard Muntaner en 1994. Otros investigadores que se ocuparon del tema fueron Joaquín María Bover, Juan Luis Estelrich y Miguel de los Santos Oliver. De estos, se puede deducir ya la división: que Bover recoge los datos del catalán y el castellano hasta 1839 en su *Origen, vicisitudes y estado actual de la literatura en la isla de Mallorca*. Por su parte, Estelrich y Oliver con sus títulos *La literatura en Mallorca* y *La literatura mallorquina*, respectivamente, inician su estudio con el dominical *La Palma*, de 1840 y la concluyen con datos de finales del siglo XIX.

La división presenta dos cuerpos bien diferenciados que separan sus inicios de la época que llamaremos propiamente literaria, por estar cohesionada por las lecturas foráneas, castellana y extranjera, de las que se recibe mayor información a través de la prensa, y por las nuevas y más rápidas vías de transporte. Los de la primera pueden fecharse a finales del siglo XVI con los primeros poemas de Jaime de Oleza y Sant Martí; según Joaquín María Bover, se da por terminada en 1840, con la aparición